

DIEZ PREGUNTAS PARA ISAAC GOLDEMBERG EN TORNO A *EL NOMBRE DEL PADRE*

Jonathan Tittler
Rutgers University

- Jonathan Tittler:** Apesar de la tradición talmúdica de encontrar significado mágico en los números, no creo que haya nada especial en el número de preguntas que formulo aquí en adelante, que poco tienen de mandamientos.
- Isaac Goldemberg:** **Nunca se puede estar seguro, mi querido Jonathan: el diez en hebreo, como sabes, equivale a la “yud”, letra que designa a la divinidad y principio de todas las cosas...**
- J.T.:** Sencillamente son el resultado de mis investigaciones en y reflexiones sobre la novela más reciente del escritor judeo-peruano Isaac Goldemberg, *El nombre del padre*¹, sobre todo en el contexto de una novela anterior del mismo autor, *La vida a plazos de don Jacobo Lerner*², de la que aquélla es una reelaboración explícitamente declarada. Por encima de lo que se ha escrito acerca del texto más reciente y de lo que se ha dicho en varias entrevistas con el autor, me parece oportuno, en vista de su presencia física con nosotros en esta sesión y su generosa disponibilidad, hacerle las siguientes preguntas. Dicho sea de paso que le agradezco enormemente a Isaac haberse prestado a este ejercicio, que espero no sea latoso sino mas bien estimulante e iluminador. Raras veces tiene uno la

chance de vislumbrar puntos críticos del proceso creador e interrogar al autor al respecto.

Pregunta número uno: ¿No te ha parecido riesgoso revisar una novela que ha sido todo un éxito crítico? *La vida a plazos de don Jacobo Lerner* recibió comentarios de amplio elogio en el *New York Times*, *The New Yorker*, *Vuelta* de México, *La Prensa* de Lima, y *The Jewish Times*, y ha sido calificada por el National Yiddish Book Center una de las cien obras judías más grandes de los últimos 150 años. Retocarla casi veinticinco años después corre el peligro de quitarle su aura, lo cual equivale a empañar su brillantez. Estoy seguro que, al reabrir la cuestión de don Jacobo Lerner, has tenido en cuenta estas consideraciones. ¿En vista de las pérdidas muy posibles, qué esperabas ganar con esta empresa?

I.G.: **Lo único que esperaba ganar era hacer una mayor novela. Siempre me pareció que a *La vida a plazos* le faltaba “carne”, que los personajes eran demasiado esquemáticos, que había escenas que se habían quedado sin ser plenamente exploradas, etc. etc. Este fue mi propósito inicial: mi intención no fue cambiar nada, sino simplemente enriquecer el contenido de lo que ya estaba en la novela. Pero cuando empecé a hacer la nueva versión, pronto ésta comenzó a llevarme por caminos insospechados, como el cambio de nombres de los personajes y localidades; o la aparición de *La Voz de San Sebastián*, o el hecho de que *Chepén* ya no se llamase así ni que la acción ocurriese en el Perú. Esto está vinculado a una de tus próximas preguntas, así que dejémoslo para cuando llegue el momento...**

J.T.: Dos: Mi lectura de *El nombre del padre* no puede menos de ser comparativa. Observo en el texto “derivativo” no sólo una mayor elaboración de eventos históricos en las esferas nacionales y globales sino una tendencia a borrar fechas exactas y ficcionalizar nombres de lugares geográficos (Lima ya no es Lima sino “la capital”; Iquitos ya no es Iquitos sino Sancti Spiritu). De manera semejante, ciertos términos regionales, tales como “zamba” y “guachafa”, se sustituyen por vocablos de un léxico más genérico o abstracto, tales como “mulata” o “ridícula”. Esto, a pesar de los comentarios de José Miguel Oviedo en elogio de lo concreto y palpable de la obra³. En contraste, la tendencia a nombrar eventos ligados con el proceso específico del holocausto en Europa (*Kristalnacht*, arianización, solución final, etc.) parece correr en sentido contrario a una posible arquetipificación o mitificación de la anécdota. ¿Estabas consciente de estas corrientes simultáneamente contrarias, y cuáles efectos querías crear al realizar estos cambios?

I.G.: Es cierto que el castellano se ha desperuanizado para “americanizarse” en cierto sentido. Lo que quería fue darle al lector la ilusión de que esta historia estaba ocurriendo en cualquier lugar de América Latina, con la intención de “universalizar” la experiencia inmigratoria del judío en dicho continente.

J.T.: Tres: La dimensión gráfica del texto más actual también ha sufrido varios cambios importantes. Los dos sueños de don Jacobo Lerner ya no se parecen a la poesía concreta, donde la situación espacial de las palabras tengan valor expresivo, sino que tienen una apariencia visual más convencional en la página. Los muchos titulares que identifican el hablante y el año de su monólogo en *La vida a plazos* se han eliminado en *El nombre del padre*, así como el índice que ayuda cartográficamente al lector a ubicarse en su lectura. Estos cambios redundan en dos consecuencias, a mi modo de ver. Por un lado crean un texto un poco menos “reader friendly” (menos leíble, en el sentido de Roland Barthes), requiriendo un lector más cómplice, más activo en la construcción de un posible sentido para el texto. Al mismo tiempo, tienden a borrar la figura del autor, haciéndonos menos conscientes de su presencia, y quizás librándonos para elaborar un surtido más amplio de posibles significados (al hablar en estos términos me doy cuenta de la gran diversidad de lectores y posibles lecturas, y aquí me refiero a mí mismo, un lector judío agnóstico latinoamericanista, pero no, forzosamente es decirlo, latinoamericano). La pregunta, por lo tanto, es: ¿Querías reducir lo enfático de la presencia del autor en la reescritura, librando al lector y abriendo más el abanico de posibles interpretaciones, o es todo eso el resultado secundario de otra intención? En el caso de lo último, ¿cuál sería esa otra intención?

I.G.: Desgraciadamente, la grafía de los sueños de Jacobo no la pusieron como yo la quería, es decir, como aparece en la primera versión. Cosa de los editores que a veces hacen lo que les da la gana (¿Te has fijado en la cantidad de erratas “importantes” que contiene el texto?). El índice sí lo eliminé yo porque no fue idea mía ponerlo en la primera versión, sino – otra vez – del editor! No me había dado cuenta que en la nueva versión había reducido la presencia del autor, pero me alegro enormemente que así haya sido. En cuanto al lector más cómplice, parece mentira, pero la nueva versión la hice precisamente para facilitarle la lectura al nuevo lector, ya que una de las quejas que siempre recibía era que se trataba de una novela muy difícil de leer por su estructura. Y ahora tú me dices que se trata de todo lo contrario: felizmente que eres un lector inteligente

y con experiencia. Me preguntas cuál sería esa otra intención y sólo puedo decirte que mi intención fue crear una historia más amena que la anterior.

J.T.: Cuatro: Ya que estamos indagando en esa zona turbia de la intencionalidad, quisiera cuestionar lo que se ha dicho acerca del rasgo en donde *El nombre del padre* más se distingue de su texto progenitor: su conclusión. Según Elisabetta Noe⁴, en la introducción a la versión italiana de la novela, la escena final, que representa el bar mitzvá del hijo del finado Jacobo Lerner, nombrado Jesús, donde el pobre muchacho se confunde y, en vez de cantar las bendiciones sobre el Torá, reza el Padrenuestro mientras oye el tañido de campanas, el llanto de una mujer y la voz de un hombre que, junto con ella, entona “una melodía parecida a una canción de cuna”, constituye una nueva síntesis, un sincretismo feliz, entre las dos tradiciones encarnadas en Jesús, en Jacobo y en Isaac Goldemberg. Mi propia inclinación es hacia un desenlace más oscuro y grave, ya que el último monólogo de Jesús, una especie de delirio ante una araña que termina con la ingerencia del arácnido por parte de Jesús (esta grotesca parodia del sacramento de la hostia es casi idéntica en las dos versiones), indica que el hijo, heredero de la fortuna de don Jacobo pero no de su fe, está loco de remate. El reto de constituir un puente entre dos religiones, pero sin jamás conocido la parte judía encarnada en su padre, le es excesivo. De manera correspondiente, el bar mitzvá, que en general marca simbólicamente la entrada del joven a la comunidad judía (una especie de redención social del individuo que de otra forma anda a la deriva), resulta ser demasiado poco y demasiado tarde. A fondo, nos encontramos ante la disyuntiva clásica entre la comedia y la tragedia, entre la levedad y la melancolía, y entre el orden y el caos. Has insinuado en una entrevista con Taty Hernández Durán⁵ que la nueva versión de la historia tiene otra intencionalidad, otro sesgo frente al asunto. ¿Buscabas con esta conclusión una salida de la depresión que caracteriza el tono del texto inicial, hacia la comedia, siquiera parcialmente, o buscabas algo distinto, todavía no identificado?

I.G.: Aquí sí que te pasaste, mi querido Jonathan. Me inclino a estar de acuerdo con tu interpretación, pero – y no me la quiero dar de “especial” – hay cosas que el artista no sabe cómo explicarlas. Sé que hay algo distinto en ese nuevo final, algo que no sé hacia dónde apunta exactamente. Justo el otro día estaba pensando sobre este final y me decía yo mismo ¿qué le pasará a Jesús en la capital y junto a Edelman ¿Se habrá metido Edelman en un problema que ni siquiera sospecha? Más abajo me preguntas si pienso hacer una

secuela, y mi impulso es decirte que no: pero nunca se sabe, me atrae la posibilidad de continuar la historia de Jesús y Edelman.

J.T.: Cinco: Otra diferencia entre los dos textos consiste, según tanto sus respectivos títulos como el desarrollo de su material temático, en un desplazarse del enfoque desde don Jacobo y su vida a plazos de judío itinerante hacia su nombre, su hijo y la dimensión criolla y cristiana de éste. Mientras en *La vida a plazos* sólo se representan ante los ojos del lector números de la revista *Alma Hebrea*, en *El nombre del padre* estas indicaciones se contrapesan con muestras de la revista *La Voz de San Sebastián*, la que retrata más la visión de la corriente principal del pueblo peruano y latinoamericano. Al continuar la narración más allá de la muerte de don Jacobo, elaborando escenas entre el amigo Edelman, que se siente obligado a llevar a cabo la última voluntad de Jacobo, y Benjamín Wilson, el abuelo de Jesús que desea deshacerse del inútil de su nieto, a la vez que quiere sacar una ganancia de la transacción, la novela ofrece un tratamiento más ancho y equilibrado del asunto. Al ampliarse el texto de esta forma también saca a don Jacobo del centro temático, abriendo paso a que la problemática principal se sitúe en la identidad híbrida del hijo, realmente una llaga supurante que se niega a cicatrizar. ¿Te parece? ¿Por qué querrás haber emprendido este desplazamiento (ahora no hablo tanto de los riesgos como del balance temático implícito en la empresa)?

I.G.: **Esto lo has visto muy claramente y la verdad es que no tengo nada que agregar.**

J.T.: Seis: Muchos críticos han comentado el renovado sistema onomástico del texto reelaborado, pero no van más allá de anunciarlo, sin profundizar en sus motivos o efectos. Ya he tocado en la misma cuestión al mencionar que los nombres de los lugares se convierten de históricos a ficticios en la versión nueva, causando una conflictiva inflexión genérica del texto hacia lo arquetípico o mítico. Ahora me refiero a los nombres de ciertos personajes, tales como el tío Pedro (el que se vuelve Zacarías), León Mitrani (el que se transforma en León Minsky) y sobre todo el hijo Efraín (al que se le denomina Jesús). Voy a aseverar que casi todos los cambios onomásticos (tales como los del tío Pedro y de Mitrani) son cosméticos, prestando otra sensibilidad o textura al texto (básicamente evocan diferentes leyendas de las sagradas escrituras) pero no cambiando su significado de manera fundamental. Al darle al hijo de Jacobo el nombre de Jesús, sin embargo, se logra una alteración básica en el sentido del texto. Si el hijo anda en busca de su nombre, o sea en busca de su identidad, y si ese nombre y esa identidad dependen

del nombre y la identidad de su padre, el que su nombre sea Jesús es de suma importancia. Por toda la novela el hijo anda preguntando a su madre, a su abuelo, al párroco el padre Chirinos y a su tía Francisca quién es su padre. La respuesta es casi siempre una mentira, piadosa o no, pero una mentira: o su padre murió en un incendio antes de nacer Jesús, o su padre fue un gitano, o su padre es Dios. Es más, hay varias frases donde aparecen el nombre de Jesús, el hijo de Jacobo, y Jesús, el hijo de Dios, como para confundirlos o para demostrar lo intercambiable de los dos: p.ej., “Jesús voltea la cabeza y ve a Jesús agonizando en la cruz”⁶). Pero este Jesús peruano no salva a nadie, ni siquiera a sí mismo, y su padre dista mucho de ser un dios. Llamarlo Efraín (como su tocayo, el abuelo, en *La vida a plazos*) o llamarlo Benjamín (como análogamente se llamaría en *El nombre del padre*) no motivaría ninguna de las elucubraciones ni evocaría las tensiones que acabo de adumbrar. Ahora van tres preguntas apretadamente relacionadas: ¿Estás de acuerdo con la idea de cambios onomásticos de mayor y menor significado? ¿Querías agregar esos particulares niveles de significación al efectuar lo que denomino el cambio onomástico mayor? La explicación que nunca se le da a Jesús, por lo menos al nivel explícito de la narración, es que fue hijo de don Jacobo Lerner (jamás se conocen uno a otro). El verdadero nombre del padre biológico queda así suprimido, censurado, vaciado. La ausencia al centro del nombre del padre se parece mucho a la ausencia al centro de la vida a plazos de don Jacobo Lerner. La tercera pregunta es, por lo tanto, ¿para ti son la misma ausencia?

I.G.: **Sí, son la misma ausencia. Esta interpretación tuya es verdaderamente iluminadora. El nombre Jesús me llegó en un haz de inspiración; al comienzo me causó perturbación, pero al rato me sentí cómodo bregando con ese personaje cuyo nombre y condición aludía a tantas cosas importantes tanto para los judíos como para los cristianos.**

J.T.: Siete: El obrar del autor permea el texto, desde los personajes mas inímicos a sus valores personales hasta los puntos y comas con los que puntúa sus frases. No obstante esta ubicuidad del autor, quisiera preguntarte con cuál personaje del texto te identificas más? Apuesto a que sea Samuel Edelman, al que considero una figura paradigmática. Es el modelo del judío exiliado sano y bien adaptado. Es un caballero responsable y realista, un amigo fiel de Jacobo que siente responsabilidad por su prójimo sin sumergirse en la culpa que sufre éste, y un creador de soluciones heterodoxas a problemas de importancia vital. Su conexión con el judaísmo es racial y cultural más que religiosa, y le importa más vivir en compañía de su familia de otra religión, aunque sea en la periferia, que actuar en el ghetto con sus correligionarios capitalinos. Logra esa

cosa muy rara y muy especial que es la asimilación llevadera con la cultura dominante sin erradicar la diferencia de sus orígenes. Seguro de su identidad personal, Edelman podría verse como un Inca Garcilaso judío contemporáneo. No se ha prestado suficiente atención a este personaje, que bien podría servir de “role model” para otros individuos de minoría en diáspora. ¿Me pierdo o voy por camino prometedor al pretender otorgar privilegio autorial a Edelman?

I.G.: Sin duda, Edelman es para mí el “héroe” de la novela. Y estoy de acuerdo contigo, Edelman ha sido soslayado por los lectores porque se cree que el “drama” de la historia recae casi exclusivamente sobre Jacobo Lerner o sobre Efraín y ahora Jesús.

J.T.: Ocho: El rabino de la sinagoga de Jesús María de la capital ¿cómo se llama? Es Teodoro Goldstein o Teodoro Schneider?

I.G.: Se llama Teodoro Schneider. No sé cómo ocurrió la errata.

J.T.: Nueve: Extrapolando de la pregunta anterior, ¿cuál es más difícil, reescribir un texto ya publicado, casi redoblando su tamaño original pero respetando noventa y nueve por ciento de sus signos, o escribir *ab initio* un texto diferente? Se me ocurre la analogía de renovar un edificio, teniendo que conservar sus estructuras básicas e integrarlas con otras nuevas para responder a las necesidades de su uso actual, en vez de demolerlo del todo para instalar sistemas totalmente nuevos. (Puedes comentar la validez de la metáfora si quieres).

I.G.: Más difícil me resultó hacer la nueva versión, porque mucho de lo que aparece en ella no lo tenía pensado en absoluto. Como te decía, mi intención original fue reelaborar ciertas escenas, darles más carne a los personajes, darle ese final distinto: la posibilidad de que el niño fuese rescatado. Pero de repente empezaron a aparecer nuevos personajes, nuevas situaciones y tuve que armarme de mucha paciencia para ver cómo integraba todo lo nuevo a lo ya dado. La metáfora que has utilizado respecto a la renovación de un edificio me parece totalmente acertada: así se dio la cosa.

J.T.: Y diez: En cierto sentido *La vida a plazos de don Jacobo Lerner* es un borrador o un pre-texto, sugestivo y connotativo, para *El nombre del padre*, el que resulta más elaborado y coherente, aunque sea más retador para el lector típico. En otro sentido – un sentido quizás borgiano –, sería inconcebible como precursor *La vida a plazos* si no fuera por *El nombre del padre*, el que engendra el texto “primitivo” en retrospectión. Dentro de este juego de perspectivas recíprocas y de renovaciones que

van siendo nuevos originales me pregunto – y te pregunto –, por difícil que sea la técnica ecológica de renovación textual, ¿habrá secuela?⁸

I.G.: Bueno, creo que ya te dije que esto es muy posible. He pensado en la secuela y lo que veo es algo alucinante: como soy supersticioso, no me gusta adelantar argumentos, pero trata de imaginarte a un personaje llamado Jesús, medio loco (o loco de remate), que empieza a predicar en un país cualquiera de América Latina por la década de los 60, cuando tiene más o menos 33 años. Pero antes tengo que terminar la novela que estoy escribiendo ahora y que por ahora tiene dos títulos tentativos: “A Dios al Perú” o “La gran telenovela de América latina” (así, con “l” minúscula).

NOTAS

- 1 Isaac Goldemberg, *El nombre del padre* (Lima: Alfaguara, 2001).
- 2 Isaac Goldemberg, *La vida a plazos de don Jacobo Lerner* (1a. edición: Lima: Libre 1, 1978; 2a edición: Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1980).
- 3 José Miguel Oviedo, “*La vida a plazos de don Jacobo Lerner*”, <http://www.literateworld.com/spanish/2002/escritormes/jan03/w01/box4.html> (originalmente publicada en *Vuelta*, México, 1980).
- 4 Elisabetta Noè, “Introducción a *El nombre del padre*”, <http://www.literateworld.com/spanish/2002/escritormes/jan03/w01/box6.html>
- 5 Tati Hernández Durán, “Un arqueólogo que continúa escarbando en su pasado familiar y cultural para ver si así logra descubrirse a sí mismo” (entrevista celebrada en octubre de 2002), http://www.geocities.com/hibrido_literario/goldemberg.html
- 6 Op. cit., p. 216.
- 7 Ver págs. 334 y 337 respectivamente de la op. cit.
- 8 Un libro reciente que considera la obra completa de Goldemberg hasta la fecha, incluso *El nombre del padre*, es Dorita Nouhaud, ed. *Isaac Goldemberg o l’homme du livre* (París: L’Harmattan, 2002).